

*Familia, ideología y amistad en Cataluña y el País Vasco**

POR

J. CUCÓ i GINER

(Departamento de Sociología y Antropología Social.
Universidad de Valencia)

Construir un discurso coherente y crítico de los estudios antropológicos que, en las últimas décadas, se han realizado en Cataluña y el País Valenciano puede resultar cuanto menos problemático. Porque expresándolo gráficamente, el resultado de un emparejamiento tan desigual puede ser algo así como tratar de meter en un mismo saco, que después cerraríamos con fuerte atadura, a David y Goliat. Privado el primero del espacio suficiente para evitar el combate cuerpo a cuerpo, de igual a igual, que le permitiría suplir la fuerza física por destreza e ingenio, nuestro metafórico David quedaría rápidamente desbancado, incluso mortalmente asfixiado, por la exuberancia del segundo. Qué duda cabe que Goliat representa a Cataluña, donde la investigación antropológica se ha desarrollado prolíficamente desde hace tiempo, mientras que David encarna en su pequeñez al caso valenciano. Sólo mediante alguna calculada estratagema lograremos evitar los perjuicios que se derivan de un punto de partida tan dispar.

Pese a esta prevención preliminar, que procede de tener que poner en común lo numeroso y lo exiguo, no es del todo imposible construir una trama discursiva relativamente coherente y articulada que, salvando las desigualdades de los respectivos panoramas antropológicos, nos muestre la existencia de ciertos énfasis comunes, de algunos puntos de confluencia que superen los estrechos límites de los ámbitos temáticos. Por ello que unilateralmente he destacado como centros focales de mi intervención tres elementos diferenciados: familia, amistad e ideología. La primera será el eje central en torno al cual girará la síntesis sobre Cataluña, mientras que la segunda servirá de enlace en el momento de dibujar el horizonte antropológico valenciano; la ideología, por su parte, será el elemento clave que nos permitirá poner en relación ambos desarrollos.

EL SÍNDROME CASAL EN CATALUÑA

Como resume D. Comas (1988: 43-144), «la familia catalana ha sido descrita en términos del modelo de la familia troncal y considerada como el resultado de un sis-

tema jurídico que controla de un modo estricto la transmisión de los bienes a un único destinatario —el *hereu* o la *pubilla*—. También establece acuerdos conyugales (*capitols matrimoniales*), impone límites a la libre disposición de los bienes y hace iguales ante la ley a hombres y mujeres. Todas estas medidas tienden a asegurar la integridad de las propiedades y definen la institución de la *casa*, en la que familia y propiedad son identificados como una realidad única. La continuidad casual es la que justifica el conjunto de prácticas (económicas, hereditarias y patrimoniales) que se ponen en marcha para prevenir la división de intereses cuando tiene lugar la sucesión».

El predominio de la casa sobre el individuo es quizás la manifestación más sobresaliente del «síndrome casual del Norte» (Sanmartín, 1989: 38-40), del que la familia troncal catalana representa una singular versión. En efecto, en el interior de cada casa padres e hijos, heredero y *jove* viven permanentemente supeditados a la continuidad de aquélla. Un complejo conjunto de síntomas le acompañan inevitablemente: la fuerte jerarquización interna en el trabajo y en el grupo doméstico, la renuncia a la autonomía e idiosincracia de los individuos, las relaciones de desigualdad y subordinación entre los distintos miembros de la familia, que dan lugar a tensiones y conflictos estructurales entre padre/*hereu*, madre/*jove* y *hereu*/hermanos.

Pero más allá de los sólidos límites de la casa, la vida de las comunidades locales se halla también permeada por el hecho casual. Por una parte, la ambivalencia y tensión imperante en las relaciones vecinales aparecen como elementos del mismo síndrome; en efecto, mientras los miembros de cada unidad casual se esfuerzan por afianzar y ensanchar en lo posible su margen de autonomía, el engrandecimiento de una casa se entiende —desde el punto de vista de las demás— como una disminución de la propia. El resultado de la competencia por unos recursos limitados da lugar a la desconfianza, el recelo y la envidia entre el *veïnat* de la aldea o barrio (Barrera, 1985: 192; Sanmartín, 1989: 39). De hecho, como afirma A. Barrera (1985: 74-75), «la cooperación entre las casas en el área de la masía parece querer limitarse siempre a lo esencial e insoslayable... (y) se caracteriza por ser algo contingente y débilmente institucionalizado, en comparación, por ejemplo, con los pueblos de Galicia y León. Los lazos y normas consuetudinarias que mantienen unida a la comunidad local en la «Catalunya Vella» son, en conjunto, más débiles que aquellos presentes en las comunidades locales de otras regiones españolas».

LA MAGNIFICACIÓN DE LA CASA PAIRAL: DERIVACIONES Y BRECHAS DEL MODELO

En la «Catalunya Vella», las prácticas sucesorias que caracterizan a la familia troncal se combinan desde hace siglos con las instituciones de aparcería, dando lugar a «una estructura social cuidadosamente jerarquizada, desde sus cimientos, en su entraña, pues la desigualdad y la disimetría se implantan en el corazón del grupo doméstico y en la base del campesinado (Barrera, 1990 [a]: 352-353).

Según A. Barrera, el resultado de este peculiar sistema que institucionaliza en los niveles más elementales —doméstico-casal y local— la violencia, la desigualdad y la disimetría, es la «construcción de una sociedad vertebrada» (1990 [a]: 353), «un sistema dotado de estabilidad y a la vez de elasticidad y dinamismo» (361). La primera proviene de los elementos centrípetos de la estructura social (*hereu* y *propietari*), los segundos de los componentes centrífugos de aquella (*fadrísterns* y *masovers*).

No deja de ser curioso —por expresarlo de algún modo— que, pese a sus explícitas cautelas, este autor acabe su libro citando al historiador social H. S. Habakkuk (1955) quien, al sopesar los efectos divergentes de las prácticas de heredamiento diviso e indiviso, se decanta claramente por las bondades del segundo. En efecto, se afirma que dicho sistema sucesorio tiende en primer lugar a aminorar, regulándolo, el crecimiento poblacional; promueve por otra parte emigraciones graduales y continuas, con lo que queda conjurado en gran parte el peligro de rupturas y calamidades del equilibrio social y económico; permite en tercer lugar el desarrollo de una industria regional concentrada en núcleos urbanos y, finalmente, impulsa una agricultura avanzada y dinámica.

En el fondo, las conclusiones de Habakkuk —a las que tanta estima parece tener A. Barrera—, parecen correr por los mismos derroteros que las del historiador catalán Vicens Vives, quien por la misma época y en su obra *Noticia de Catalunya* (1954) ponderaba las excelencias de la «familia catalana», que no es otra que nuestra ya conocida familia troncal. Así, afirma que el *pairalisme* no sólo fue un elemento decisivo para eliminar buena parte de la conflictividad del campo catalán a finales del XIX, sino que la figura clave del *hereu* jugó un papel esencial en la industrialización y progreso comercial en Cataluña. La industria y el comercio catalanes se habrían creado gracias al esfuerzo de los *fadrísterns* y de los *hereus*, que velaban por sus hermanos menos favorecidos desde la lejana masía.

No es momento aquí de discutir las hipotéticas grandezas del modelo casal, que ha sido profusamente estudiado por antropólogos y también por juristas, folkloristas, historiadores, arquitectos y geógrafos (según consta en una completa bibliografía elaborada por J. Prat, quien tuvo la amabilidad de transmitírmela). A las críticas que diversos autores han hecho de esta manera de ver las cosas, y a las que aludiré más adelante, podríamos añadir otra de carácter bastante elemental. Porque al modelo de crecimiento económico catalán —basado según sus exégetas en las bondades que para el conjunto del sistema tiene la sucesión indivisa—, podríamos contraponer perfectamente el dinamismo y la prosperidad económica que caracterizan al caso valenciano. Como han puesto recientemente de relieve los economistas J. Nadal y A. Carreras (1990), a lo largo de casi dos siglos el País Valenciano ha estado siempre entre las cuatro regiones españolas económicamente más desarrolladas, y de lo que no cabe duda es que esta venturosa posición carece de relación alguna con los desarrollos de la familia troncal, puesto que lo que aquí impera es la familia nuclear y un acentuado énfasis en la herencia igualitaria entre todos los hijos e hijas.

Todas estas consideraciones no hacen sino mostrar algunas de las brechas existentes en el discurso pacientemente construido desde hace más de un siglo sobre la

«familia catalana», que equivale a decir familia troncal catalana. Como afirma J. Prat (1989), la literatura sobre el *pairalisme* ha reforzado una serie de dogmas que constituyen los ejes básicos de un discurso ideológico que potencia un modelo idealizado y utópico del familismo *pairal*, el cual continúa divulgándose hoy en día, especialmente desde las instancias oficiales.

Uno de esos dogmas eleva el modelo *pairal* al rango de tipo «universal» dentro del territorio catalán. Sin embargo, como han demostrado recientes estudios antropológicos e históricos (entre otros los de Assier-Andrieu, 1981; Terradas, 1980 y 1984; Roigé, 1988; Comas d'Argemir, 1988; Prat, 1989), en Cataluña coexisten dos grandes formas de organización y reproducción familiar: la primera es la familia troncal, que corresponde al modelo ideal de familia tal y como aparece en el derecho foral catalán, y que probablemente es la más extendida en la «Catalunya Vella»; por lo común, aparece asociada con el campesinado con tierras (propietarios y *masovers*) y con aquellos sectores sociales en los que la producción de bienes y servicios tiene una naturaleza doméstica (campesinos, artesanos y pequeños comerciantes). La segunda concierne a la familia conyugal o neolocal, que se halla más enraizada entre las clases populares urbanas y los jornaleros agrícolas y, en general, en las zonas más meridionales de Cataluña.

La segunda formulación estereotipada sobre el *pairalisme* enfatiza la troncalidad como única estrategia posible, utilizada para la conservación y reproducción del sistema familiar y patrimonial (Prat, 1989). Diversos autores han puesto en entredicho tan extendida visión (Comas d'Argemir, 1980, 1984 y 1988; Barrera, 1990; Jociles, 1989; Roigé, 1989 [a] y 1990; Soronellas, 1990; Narotzky, 1990), mostrando las continuas transgresiones y excepciones a la regla ideal. Como demuestran estos trabajos, tal y como resume J. Prat (1989: 52), «las transgresiones a la norma ideal, representada por las clases ricas, dejaban de ser excepción a la norma para convertirse en la misma norma a la que se veían abocadas las familias campesinas medias y pobres, que por otra parte, eran también las más numerosas».

La diversidad que *de facto* se observa en las prácticas hereditarias y en las formas de organización y reproducción familiar en Cataluña, contrasta fuertemente con la aceptación tan común y estereotipada de un único sistema de herencia y de un sólo modelo «típico» y «universal» de familia catalana. La explicación de este último fenómeno parece venir dada por la necesidad de construir o «inventar» una tradición, un sistema de símbolos propios que arranca del contexto político o ideológico de la *Renaixença*. A partir de ésta, el *hereu* y el *pairalisme* pasan a formar parte esencial del programa del catalanismo hegemónico para la recuperación y defensa de unos derechos culturales percibidos como propios y distintivos, y sobre lo que se apoya la conciencia diferencial catalana (Prats, 1988; Prat, 1988 y 1989; Contreras, 1989; Barrera, 1985; Viola, 1989; Estrada, 1989; Roigé, 1989).

No quisiera acabar este breve y sin duda poco original repaso a los recientes desarrollos de la antropología sobre la familia catalana sin hacer una referencia al trabajo de G. W. McDonogh sobre *Las buenas familias de Barcelona* (1989). Su aportación no sólo supone un paso más en este continuo proceso de construcción de

la «imaginación antropológica» —y que me perdone Wright Mills por el espúreo uso del concepto—, sino que a mi entender articula una nueva y fructífera lectura de la familia, al utilizarla como compendio y metáfora de la élite catalana. A lo largo de su estudio la familia se va definiendo a sí misma como un agente complejo dentro de la historia de la desigualdad social: responsable de la distribución de los derechos y privilegios dentro de la sociedad, agente mediador de intereses en competencia, y símbolo importantísimo dentro de los procesos de dominación. Como el mismo autor afirma «dentro de todas estas esferas, la familia ha sido para las buenas familias mucho más que una simple metáfora, más que un mero mecanismo social creado por el sistema capitalista: la familia ha sido un elemento estructural de crucial importancia para la formación de la élite. Por ser un componente del sistema de dominación así como un símbolo compartido y utilizado por la sociedad catalana, la familia ha sido una unidad de acción crítica en relación a la estructura y el proceso». (1989: 266).

DE LA FAMILIA NUCLEAR A LA AMISTAD ORGANIZADA: EL CASO VALENCIANO

Al igual que en la mayoría de comarcas y regiones españolas, el tipo familiar más extendido dentro del conjunto valenciano es el de la familia nuclear. Pero al mencionar este hecho, no pretendo adentrarme de nuevo en los entresijos del universo familiar, sino utilizarlo como punto de partida que nos permita ahondar en ese otro complejo y bastante desconocido ámbito que es el de la amistad.

Cierto es que el conocimiento antropológico de la familia nuclear en España deja bastante que desear y que desgraciadamente, como señala R. Sanmartín (1989: 37), aquel «ha sido dado por supuesto con más frecuencia de la debida». Sin embargo, el referente a la amistad no le va tampoco a la zaga; porque durante largo tiempo, y en el seno de las sociedades más complejas, los estudios sobre la amistad estuvieron relegados a un oscuro segundo plano. No deja de ser curioso, como nos recuerda Paine (1969: 505), que «mientras los antropólogos sociales viven una vida en la que la amistad es probablemente tan importante como el parentesco..., nuestros escritos profesionales se explayan ampliamente sobre el parentesco y tengan mucho menos que decir sobre la amistad».

Afortunadamente, nuestros conocimientos sobre una y otra, familia y amistad, están ampliándose a pasos agigantados, tanto dentro como fuera del contexto que aquí nos ocupa. Pero veamos todo esto con mayor detenimiento.

J. F. Mira (1974, 1978 y 1980), junto con B. Asensi (1979) y R. Sanmartín (1982 [a] y [b], 1989 y libro en prensa), son los autores que han estudiado la familia valenciana. Pero quizás ha sido este último quien más claramente ha sentado las bases teóricas para ensanchar los horizontes de estudio. En efecto, al poner en fructífero contraste el síndrome casal con el que caracteriza a la familia nuclear, Sanmartín nos sugiere lo siguiente:

1.º. En un esquema como el de la familia nuclear, el eje de referencia de las estrategias de los actores no es, como en la familia troncal, la casa. Antes bien, aquí «el “domocentrismo” es múltiple e implica una eclosión permanente de familias nucleares, en la que todas pesan por igual. Es más, un aspecto fundamental del cometido propio de cada casa es, llegado su momento, ser capaz de dar nacimiento y viabilidad independiente a la nueva familia de cada uno de sus miembros» (1989: 41).

2.º. «La casa, bajo este síndrome, debe durar lo justo, no más, para permitir la independencia del sujeto y lanzar a los actores al ruedo, a la plaza pública, a buscar en ella y no en el estrecho círculo del parentesco, la solidaridad necesaria y la objetivación colectiva de la propia suerte, su imagen y destino» (1989: 45).

3.º. El énfasis en el individuo que caracteriza al síndrome nuclear «no es, sin más, un síntoma de individualismo ..., es... un valor de la cultura. Requiere, por ello, de una eclosión no sólo de familias nucleares, sino también de otros foros institucionales en los que afloren con libertad las cualidades, capacidades y talante de cada individuo... De ahí la proliferación de asociaciones voluntarias (de todo tipo) ..., en las que se es socio, cofrade o miembro en pie de igualdad. Todas ellas giran en torno a la necesidad de dar cauce, ocasión u oportunidad de su ejercicio a la energía individual del síndrome nuclear» (1989: 47).

Según esta visión —que por otra parte comparten algunos otros investigadores, como A. Rivas (1986: 119), que han trabajado en áreas limítrofes a la valenciana, concretamente en Aragón—, la familia nuclear es una especie de trampolín desde el que se lanza a los individuos a la vida pública; no mira pues hacia su origen, sino hacia el futuro y la plaza. Y es aquí precisamente donde entra en juego la amistad organizada, es decir, las cuadrillas de amigos. Porque en el contexto valenciano, al igual que en Euskadi y Aragón, son las cuadrillas de amigos las que acogen y protegen a los individuos una vez se ha traspasado el umbral del hogar familiar.

El trabajo inédito de B. Asensi abre una nueva senda en la intrincada selva del amistad. La mirada de la investigadora queda prendada ante la visión de esa rica y compleja agrupación amical que son las cuadrillas, y por primera vez se pone de relieve la imperativa necesidad social de pertenecer a una de ellas. Así, se afirma que son «la vía de entrada en la sociedad» y que «la participación de los individuos en las actividades sociales de la comunidad se realizan por cuadrillas» (1979: 181). Una persona sin amigos —que equivale a decir sin cuadrilla— está condenada a la soledad, puesto que no puede tomar parte en la vida de la comunidad a través de las relaciones familiares, ya que todos sus miembros están a su vez integrados en otras cuadrillas, a través de las cuales participan en los distintos rituales y celebraciones; en ese contexto, el individuo, aislado, resulta cuanto menos un elemento discordante.

La trascendencia de la cuadrilla en la vida de los individuos se hace patente, por una parte, en los «grandes momentos» del ciclo de vida personal: la cuadrilla no sólo participa de forma significativa en todos los ritos de *passage* importantes de sus miembros, sino que paralelamente celebra otros rituales propios, que refuerzan periódicamente la identidad y solidaridad del grupo de amigos/as. Como afirma P. Luz (1990: 10), la cuadrilla, «a través de un proceso secuencial de rituali-

zación, crea y confiere un rol específico, el de amigo/a, que se transforma en una posición fija de la que el individuo no puede separarse. Tanto si el individuo responde como si no a las expectativas de la cuadrilla, siempre seguirá siendo amigo, bueno o malo, pero amigo» (1990: 10). Es así como se hace realidad la frase tantas veces repetida por los propios actores «els amics són per a tota la vida».

Pero el potencial de las cuadrillas no se agota con todos estos ritos, internos y externos, del ciclo vital. Porque estos grupos amicales ejercen también una poderosa influencia en distintos ámbitos de la vida social comunitaria, concretamente en las fiestas locales, en las asociaciones voluntarias y también en ese sutil y complejo proceso que pone en marcha las identidades colectivas.

Las celebraciones rituales periódicas que se celebran en muchos pueblos valencianos son inconcebibles sin las cuadrillas que, en ocasiones, actúan como verdaderos grupos para el ritual festivo. En estos mismos lugares y con motivo de otras coyunturas ceremoniales, las cuadrillas se organizan en «peñas», que confieren una textura especial a la fiesta. En unos casos, la peña es una simple extensión festera de la cuadrilla juvenil y se distingue por su informalidad; en otros, es una mera asociación de varios grupos amicales a la que recientemente se incorporan también hombres y mujeres casados; todavía en unos terceros, las peñas devienen verdaderas asociaciones voluntarias de carácter formal, tal y como ocurre en bastantes localidades del norte valenciano (Ariño, 1990 [a]). En cualquier caso, las fiestas se ven impregnadas por ese peculiar aroma que desprenden las cuadrillas, un aroma menos solemne y rígido que el que parece imperar en las fiestas tradicionales, y en el que tienen poca cabida jerarquías y distinciones, donde abundan los rituales profanos y escasean los religiosos.

La impronta de las cuadrillas en el mundo asociativo no es tampoco desdeñable; en general, se constata que dichos grupos amicales constituyen un elemento dinamizador del tejido asociativo valenciano, y ello por tres razones: en primer lugar, porque el hecho de estar integrado en una cuadrilla constituye un factor estable y activo de afiliación en todos y cada uno de los tipos de asociaciones existentes en la actualidad. En segundo lugar, porque algunas asociaciones tradicionales, esto es, aquellas que crecen y proliferan a partir de la segunda mitad del XIX, aparecen literalmente trufadas de cuadrillas, que desarrollan una vida parcialmente autónoma en su interior. Por último, porque las cuadrillas se revelan como una cantera inagotable de la que surgen buena parte de los líderes que llevan adelante las asociaciones (J. Cucó, 1989, 1990 [a] y [b], 1991 y artículo en prensa).

La capacidad de generar identidades colectivas más amplias que las que se limitan al propio grupo amical constituye la última de las vertientes públicas retenidas de las cuadrillas. Y qué duda cabe que se encuentra en estrecha relación con las dimensiones festera y asociativa. En efecto, en la medida que las cuadrillas se convierten en grupos para el ritual festivo —ya que por ellas mismas o a través de las asociaciones en las que participan— en los momentos de máxima definición y reproducción del nivel identitario local (fiestas patronales, Pascua Florida, carnavales, romerías, etc.), superan su condición de grupos segmentarios y devienen y actúan como protagonistas emblemáticos del nosotros comunitario.

A tenor de todo lo explicitado sobre las cuadrillas en el ámbito valenciano podríamos concluir lo siguiente: la amistad organizada en cuadrillas se revela como una excelente atalaya desde la que es factible observar ese espacio liminal, ambiguo y confuso que separa los dominios de lo privado lo público; porque, por sí mismas, las cuadrillas son el reino de lo privado-público, o lo que es lo mismo, son el reconocimiento público de relaciones privadas de amistad socialmente organizadas.

ESTEREOTIPOS E IDEOLOGÍAS: DEL «PENSAT I FET» AL ASOCIACIONISMO VALENCIANO

El *pensat i fet* es un estereotipo de autoidentificación que forma parte de la liturgia del «valencianismo temperamental» que nace y se desarrolla con la fiesta de las Fallas. Según A. Ariño (1990 [b]), los festejos falleros comenzaron su trayectoria como una celebración marginal y contestataria allá por el siglo XVIII y, en un proceso lento pero persistente de eficaz metamorfosis, fueron elevadas a la categoría de fiesta mayor de la ciudad de Valencia y expresión máxima de la identidad valenciana, siendo asumidas por «toda Valencia» como la imagen espectacular de su propia especificidad: ingenio fulgurante e inconstancia, esplendor agrícola y postergación, artístico destello que se disuelve en humo y cenizas, *cohets* y *ninots* de falla. Este era el paraíso y la utopía del *arroz y la tartana*, de la burguesía de *mitja espenta*.

En la creación de este conjunto de símbolos y estereotipos que, de ahora en adelante, representarán al «pueblo valenciano» tuvo mucho que ver la burguesía del XIX —de la que el centralismo y el provincialismo constituyen sus mejores rasgos. Pero también el federalismo republicano, el blasquismo y la vertiente conservadora de la *Renaixença* valenciana. Salvando las distancias de cada formación social, y como hemos podido constatar hace poco, procesos similares tuvieron lugar en Cataluña, pero también en Euskadi y seguramente en toda Europa, como respuestas a los complejos procesos de modernización, tal y como han puesto de relieve Ll. Prats (1988), J. Juaristi (1987), y Hobsbawm y Ranger (1983).

Es dentro de aquellas imágenes surgidas dentro del proceso de cambio de la sociedad valenciana del XIX, donde cobra su pleno sentido y donde tiene cabida el mito del **pensat i fet**. Porque los valencianos dicen de sí mismos que son **pensat i fet** (pensado y hecho). Esta expresión designa un tipo de acción social que es fruto de una idea luminosa y de una realización fulgurante, sin que entre lo uno y lo otro medie una organización concienzuda y pensada. Como resulta evidente, este estereotipo implica ciertamente una fuerte capacidad de improvisación espontánea, pero conlleva además cierta incapacidad de reflexión y, por ende, de organización durable. Se montan las cosas sobre la nada, sin base sólida que la sustente, por lo que todo se hunde al poco. El genio valenciano se autorrepresenta a sí mismo como emprendedor y creativo, pero inconstante e incapaz de acabar la obra iniciada. El cohete y la falla son las mejores metáforas de su propia constitución como pueblo: arranca con fuerza, pero su potencia se consume en un instante.

Lo curioso del caso es que desde la supuesta «cultura culta» valenciana y en los últimos años, este estereotipo común se ha recubierto con el árido e infalible manto de la ciencia. Así, se dice que la sociedad civil valenciana es endeble, que los valencianos poseen «todos los rasgos indeseables de índole individualista», apenas compensados por un asociacionismo pobre e irreflexivo que parece agotarse en «espontáneos movimientos populares festivos» (R. Ninyoles, 1988; M. Broseta, 1988). La ciencia parece pues validar una creencia que se mantiene hace más de un siglo.

Pero como bien sabemos los antropólogos, una cosa es lo que se cree, esto es, las definiciones de la realidad históricamente construidas y socialmente transmitidas, y otra cosa muy distinta lo que realmente sucede. Entre lo uno y lo otro puede haber un decalage, un abismo más o menos considerable. Y en el caso valenciano, bajo la espontaneidad y la irreflexión tenidas como paradigmáticas, todo resulta estar minuciosamente ordenado; así, tras las fallas, consideradas como la máxima expresión del *pensat i fet*, existe un entramado asociativo realmente extraordinario (Ariño, 1990; Cucó, 1990 [c]). Por otra parte, el individualismo como «valor de la cultura» que mencionamos anteriormente juega también aquí su papel, pues requiere la proliferación de otros foros institucionales más allá de la familia donde broten con libertad las cualidades, talante y habilidades de cada individuo. Ni que decir tiene que incluso el individualismo más exultante requiere de mecanismos compensatorios que hagan posible la vida en sociedad.

De ahí la proliferación de asociaciones y comisiones de todo tipo que se observa dentro del territorio valenciano (Cucó, 1990 [c], 1991 y artículo en prensa). Asociarse o morir, ése es posiblemente el lema que subyace a la trama de relaciones sociales que se extiende por todo el Mediterráneo y al que no escapa la sociedad valenciana. Resumir brevemente los rasgos que caracterizan a dicho asociacionismo consumiría con creces el escaso tiempo de que dispongo. Baste sabe que ha sido estudiado, tanto por mí como por un equipo de antropólogos/as [integrado por A. Ariño, I. de la Cruz, P. Luz, A. Piqueras y F. Sánchez-Cascado; su trabajo permanece todavía en su mayor parte inédito y reposa en el I. V. E. I., entidad que subvencionó generosamente el proyecto. Algunos de sus resultados aparecen publicados en J. Cucó & J. J. Pujadas (coords.) (1990)].

A MODO DE SÍNTESIS

A través del bies de la familia y de la amistad he podido presentar algunos de los desarrollos antropológicos actuales en Cataluña y el País Valenciano. La ideología ha sido el elemento que ha permitido articular unos panoramas en principio tan dispares.

En el caso de Cataluña, y tras la presentación del estado de la cuestión de la familia troncal, hemos podido observar cómo se ha ido construyendo todo un análisis desmitificador del *pairalisme* catalán. Éste, en virtud de los diversos trabajos realizados, se revela también —aunque no sólo eso— como una ideología en el sentido restrictivo y peyorativo del término, como una falsa conciencia cuyo origen arranca

de la Renaixença catalana. Pero al tiempo que la familia nos aparece como la unidad clave para la comprensión y explicación de las múltiples —y a menudo mitificadas— funciones ejercidas por los grupos de poder, nos abre nuevos caminos para la investigación antropológica. Viejos temas, nuevos tratamientos. Pues como sugiere McDonogh, la familia sirve de puente tanto para realizar comparaciones transculturales de las élites, como para estudiar los distintos papeles que ella misma ejerce en otras clases sociales (jornaleros agrícolas, clases populares urbanas, clase media...).

En el País Valenciano, el análisis del síndrome de la familia nuclear parece incentivar el estudio de toda una serie de agrupamientos, formales e informales, que proliferan en el seno de la sociedad y que tradicionalmente no han merecido una especial atención por parte de la antropología. Me refiero obviamente a las asociaciones voluntarias y a las cuadrillas de amigos. Son estas últimas las que acogen y arropan a los individuos una vez que han traspasado el umbral familiar, revelándose como una especie de «estructura latente» que alienta y vivifica el conjunto del tejido social. Las asociaciones voluntarias, por su parte, encauzan y permiten el pleno ejercicio a las energías potenciadoras del individuo que libera el síndrome nuclear. Sin embargo, el denso tejido asociativo existente hoy en día, contrasta con la visión que los propios valencianos han construido de sí mismos y que en parte se resume en la alocución *pensat i fet*. De nuevo nos encontramos aquí con una visión ideologizada y estereotipada cuyos orígenes y características se remontan al siglo XIX, es decir, a la misma época en que se construye el *pairalisme* catalán.

En definitiva, en uno y otro caso, catalán y valenciano, el cultivo de un campo tradicional en la antropología como es el de la familia, ha abierto fructíferos campos de estudio. Además, también en ambos contextos se constata un renovado esfuerzo por poner en tela de juicio unas realidades culturalmente planteadas como definitivas e inamovibles. En ese sentido, el esfuerzo desmitificador es un denominador común que une los desarrollos antropológicos en ambos contextos.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIÑO, A. 1980 [a]: «Asociacionismo festivo contemporáneo en el País Valenciano» en Cucó, J. y Pujadas, J. J. (coords.): *Identidades colectivas. Etnicidad y sociabilidad en la península ibérica*, Generalitat Valenciana, Valencia, pp. 165-185.
- 1980 [b]: *Fiesta y sociedad en la Valencia contemporánea*, Tesis Doctoral, Universidad de Valencia.
- ASENSI, B., 1979: *Riegos e industria: Estudio antropológico social de una comunidad de la Ribera Alta de Valencia*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona.
- ASSIER-ANDRIEU, L., 1981: *Coutume et rapports sociaux. Étude anthropologique des communautés paysannes de Capcir*, Éditions du CNRS, Paris.
- BARRERA, A. 1985: *La dialéctica de la identidad en Catalunya. Un estudio antropológico-social*, CIS, Madrid.

- 1990 [a], *Casa, herencia y familia en la Cataluña rural*, Alianza, Madrid.
- 1990 [b], «Unigenitura y familia troncal» en D. Comas d'Argemir y A. González: «Familia y relaciones de parentesco. Estudios desde la Antropología social», *Antropología n.º 2*, Col. «Estudis i propostes», Generalitat Valenciana-Institut Valencià de la Dona, Valencia, pp. 13-20.
- BROSETA, M. 1988: «La sociedad civil valenciana», *Las Provincias*, 20-11-88, p. 4.
- COMAS D'ARGEMIR, D. 1980: «Sistema d'herència i estratificació social: les estratègies hereditàries al Pirineu Aragonés», *Quaderns de L'ICA*, n.º 2, pp. 25-56.
- 1984: «La familia troncal en les transformacions del Pirineu d'Aragó», *Quaderns de l'ICA*, n.º 5, pp. 44-68.
- 1988: «Household, Family and Social Stratification: Inheritance and Labor Strategies in a Catalan Village (nineteenth and Twentieth Centuries)», *Journal of Family History*, vol. 13, n.º 1, pp. 143-163.
- COMAS D'ARGEMIR, D. y GONZÁLEZ, A. 1990: «Familia y relaciones de parentesco. Estudios desde la Antropología social», *Antropología n.º 2*, Col. «Estudis i propostes», Generalitat Valenciana-Institut Valencià de la Dona, Valencia.
- CONTRERAS, J. (coord.) 1989: «La invenció de la familia catalana», *L'Avenç*, n.º 132, pp. 16-17.
- CUCÓ, J. 1989: «Familia, amistad y asociacionismo en el País Valenciano», Ponencia al *III Congreso de Sociología de la FASEE*, San Sebastián, (inédito).
- 1990 [a]: «Asociaciones y cuadrillas: un primer avance al análisis de la sociabilidad formal valenciana» en Cucó, J & Pujadas, J. J. (coords.): *Identidades colectivas. Etnicidad y sociabilidad en la península ibérica*, Generalitat Valenciana, Valencia, pp. 218-231.
- 1990 [b]: «El entramado formal de la sociedad civil. Reflexiones sobre el caso valenciano», Ponencia al *V Congreso de Antropología Española*, Granada (en prensa).
- 1990 [c]: «El entramado asociativo de las Fallas» en A. Ariño (dir.): *Historia de las Fallas*, Levante-EMV, pp. 245-264.
- 1991: *El quotidià ignora. La trama associativa valenciana*, IVEI-Alfons el Magnànim, Valencia.
- En prensa: «La vida asociativa» en M. García Ferrando (dir.): *La estructura social valenciana*, Generalitat Valenciana-IVEI.
- ESTRADA, F. 1989: «Els folkloristes i la familia catalana» en Contreras, J. (coord.) (1989), «La invenció de la familia catalana», *L'Avenç*, n.º 132, pp. 22-27.
- HABAKKUK, H. J. 1955: «Family Structure and Economic Change in Nineteenth-Century Europe», *The Journal of Economic History*, 15, pp. 1-12.
- HOBWSBAWM, E. y RANGER, T. (eds.) 1983: *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge.
- JOCILES, M. I. 1989: *La casa en la «Cataluña Nova»*, Ministerio de Cultura, Madrid.
- JUARISTI, J. 1988: *El linaje de Aïor. La invención de la tradición vasca*, Taurus, Madrid.
- LUZ PROSPER, P. 1990: «Relaciones primarias: el caso de los grupos de amigos en l'Alcudia (País Valenciano)», Comunicación al *V Congreso de Antropología Española*, Granada, (en prensa).
- MCDONOGH, G. W. 1989: *Las buenas familias de Barcelona*, Omega, Barcelona.
- MIRA, J. F. 1974: *Wallalta i Miralcamp. Un estudi d'antropologia social al País Valencià*, Edicions 62, Barcelona.
- 1978: *Els valencians i la terra*, Edicions 3 i 4, Valencia.

- 1980: *Vivir y hacer historia. Estudios desde la antropología social*, Península, Barcelona.
- NADAL, J. y CARRERAS, A. 1990: *Pautas regionales de la industrialización española*, Ariel, Barcelona.
- NAROTZKY, S. 1990: «La renta del afecto: ideología y reproducción social en el cuidado de los viejos» en Comas d'Argemir D. y González A. (1990), «Familia y relaciones de parentesco. Estudios desde la Antropología Social», *Antropología n.º 2*, Col. «Estudis i propostes», Generalitat Valenciana-institut Valencià de la Dona, Valencia, pp. 45-52.
- NINYOLES, R. 1988: «Sobre els trets autoritaris de la cultura valenciana», *Cultura Cívica*, julio-agosto, p. 45.
- PAINE, R. 1969: «In Search of Friendship: An Exploratory Analysis in "Middle-class" Culture», *Man*, 4, pp. 505-524.
- PRAT, J. 1978: *Organización social y mitología en la comarca del Gironés: una aproximación antropológica al "pairalisme" catalán*, Tesis Doctoral, Universidad de Barcelona.
- 1989: «El pairalisme com a model ideològic» en Contreras, J. (coord.) (1989), «La invenció de la familia catalana», *L'Avenç*, n.º 132, pp. 34 y 51-53.
- 1988: «Mites i estereotips de la identitat a Catalunya» en M. A. Roque (ed.), *Encontre d'Antropologia i diversitat hispànica*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, pp. 169-186.
- PRATS, LL. 1988: *El mite de la tradició popular. Els orígens de l'interés per la cultura tradicional a la Catalunya del XIX*, Edicions 62, Barcelona.
- ROIGÉ, X. 1988: «Cicle familiar i transmissió de la propietat al Priorat: els Fabregat», *Arxiu d'Emografia de Catalunya*, n.º 6, pp. 59-86.
- 1989 [a]: *Familia i grup domèstic. Estratègies residencials al Priorat (segles XIX i XX)*, Estudi General de Lleida, Lleida.
- 1989 [b]: «Els juristes i la familia catalana» en Contreras, J. (coord.) (1989), «La invenció de la familia catalana», *L'Avenç*, n.º 132, pp. 28-33.
- 1990: «Herencia conflictiva y precariedad económica» en Comas d'Argemir D. y González A. (1990), «Familia y relaciones de parentesco. Estudios desde la Antropología Social», *Antropología n.º 2*, Col. «Estudis i propostes», Generalitat Valenciana-Institut Valencià de la Dona, Valencia, pp. 35-44.
- SANMARTÍN, R. 1982 [a]: «Marriage and Inheritance in a Mediterranean fishing community», *Man*, 17, pp. 664-685.
- 1982 [b]: *La Albufera y sus hombres. Un estudio de antropología social en Valencia*, Akal, Madrid.
- 1989: «Familia, herencia y cultura», en Marcos, J. & Rodríguez Becerra, S. (coords.), *Antropología Cultural en Extremadura*, Editora Regional de Extremadura, Mérida, pp. 37-48.
- En prensa: «Libertad, igualdad y fraternidad» en *Identidad, destrucción y creación: ensayos antropológicos sobre Valencia y Euskadi*, Generalitat Valenciana, Valencia.
- SORONELLAS, M. 1990: «Heredar o ser excluido. Formas de acceso a la propiedad y de diversificación de actividades económicas» en Comas d'Argemir D. y González A. (1990), «Familia y relaciones de parentesco. Estudios desde la Antropología Social», *Antropología n.º 2*, Col. «Estudis i propostes», Generalitat Valenciana-Institut Valencià de la Dona, Valencia, pp. 21-34.

TERRADAS, I. 1980: «Els orígens de la institució de l'hereu a Catalunya: vers una interpretació contextual», *Quaderns de l'ICA*, n.º 1, pp. 64-97.

1984: *El mon històric de les masies*, Curial, Barcelona.

VICENS VIVES, J. 1954: *Notícia de Catalunya*, Ed. Destino, Barcelona.

VIOLA, A. 1989: «Raó familiar, raó d'Estat» en Contreras, J. (coord.), (1989), «La invenció de la família catalana», *L'Avenç*, n.º 132, pp. 18-21.

NOTAS:

* Agradezco a J. Prat la bibliografía y materiales que me ha facilitado sobre los estudios de la familia catalana

